

Sería un enfrentamiento violento, salvaje, para satisfacer la sed de venganza alimentada durante veinte años de resignación e impaciente espera. Los ojos del hombre brillaban de ira mientras caminaba rodeado por sus secuaces, todos ellos provistos de bastones para golpear a sus enemigos. Mientras el grupo continuaba su camino, algunos se unieron con cestos llenos de piedras y guijarros. Los hombres avanzaron hacia la desierta montaña decididos a luchar. ¡Tu fin se avecina, Shardaha!

De vez en cuando, un barrendero o un sepulturero miraban el extraño cortejo, centrando su atención en el hombre que parecía el cabecilla de la banda, preguntándose con curiosidad, estupor y desaprobación quién sería ese nuevo jefe al que nunca habían visto.

...¡Bien pronto lo conocerán y recordarán para siempre, moscas del universo!

El sol, al ocaso, proyectaba su luz incandescente sobre los turbantes bordados, y soplaba un fuerte viento del desierto que quemaba los rostros de la gente y esparcía melancolía y odio en el ambiente.

Alguien de la banda le preguntó al hombre al oído:

-Jefe Sharshara, ¿se encuentra Shardaha en el camino de la montaña?

-No. Para llegar tenemos que pasar por el barrio de Al Gawwala.

-Entonces, correrá la noticia de que vamos hacia allí y tu enemigo te estará esperando.

Sharshara frunció el ceño y dijo:

-Nuestro deseo es demasiado fuerte: con astucia podemos obtener la victoria, pero no satisfacer la sed de venganza.

«Veinte años en el destierro, manteniendo siempre la sed de venganza, lejos de la vida nocturna de El Cairo, en los ignotos puertos de Alejandría. La única motivación de tu vida es la venganza. Comida, bebida, dinero, mujeres, cielo, tierra... todo ha estado inmerso en nubes, y los sentimientos se han concentrado en el doloroso proceso de preparación, siendo la venganza su único pensamiento. El amor, la seguridad el dinero... todo cuanto poseías lo has sacrificado en los preparativos del terrible día. De este modo, la flor de la vida se fundió en el horno del rencor, el odio y el dolor. No estabas satisfecho con tu lenta pero constante superioridad sobre los trabajadores del

puerto. No obtenías un fruto auténtico de tu victoria sobre los Yafars en los combates de Kum y Dikka. ¡Qué fácil era vivir como un matón respetado por todos y adoptar Alejandría como lugar de residencia con el nombre de Sharshara resonando bajo el cielo! Pero lo único que tus ojos inyectados en sangre ven en el mundo es a Shardaha en su estrecho camino, su zigzagueante y empinada callejuela y su bravuconería despótica y odiosa. Lahluba, ¡maldito seas!»

El desierto camino de la montaña se terminó en la puerta de la ciudad, y el grupo la cruzó dirigiéndose al poblado barrio de Al Gawwala. Sharshara, con un tono autoritario y duro como un golpe de hacha en una piedra, ordenó:

-No hablen con nadie.

Al paso del cortejo, todos los que estaban en las tabernas y en los cafés se quedaron mirando al nuevo cabecilla; luego empezaron a sentir inquietud y miedo.

-Pensarán que venimos con intención de hacerles daño -dijo uno del grupo.

Sharshara miró las caras pálidas de los que los observaban y dijo en voz alta:

-Hombres, venimos en son de paz.

Los hombres se tranquilizaron y saludaron a los recién llegados.

-Buscamos Shardaha -aclaró, mirando de forma significativa al compañero que había hablado anteriormente.

Luego, continuó su camino agitando su amenazador bastón y pensando: «No cesan de mirarte con curiosidad, como si no hubieras nacido en este barrio, en pleno Shardaha. Pero parece que lo único que la gente recuerda es a las víctimas y a los criminales.»

A los veinte años, había trabajado en una fábrica, y su afición favorita era jugar a las canicas bajo una morera. Era huérfano y no tenía adónde ir, pero podía dormir en la propia fábrica gracias a la caridad de Amm Zahra, el propietario. La primera vez que llevó aceite de linaza a casa de Lahluba, este le dio un golpe en la nuca a modo de saludo. Y Zainab, ¡qué bella era!

«Si no hubiera sido por el tirano de Shardaha, ella sería mi esposa desde hace veinte años. Él tuvo ocasión de pedir su mano antes que tú, pero no se fijó en ella hasta la noche de bodas. Los clubs quedaron destrozados, el músico huyó y los instrumentos musicales se hicieron añicos. Tú permaneciste inmóvil como un objeto o una parte del mobiliario. No es que fueras débil o cobarde sino que la lucha estaba por encima de tus posibilidades. Te tiraron al suelo y empezaron a darte patadas. Luego él se rió de forma odiosa y dijo con sarcasmo:

«-Bienvenido sea el esposo del aceite de linaza.

»Mi galabeya nueva había sido desgarrada, el turbante se había perdido y me habían robado los ahorros de toda la vida. Entonces dije:

»-Yo soy de Shardaha, señor. Todos somos tus hombres y estamos bajo tu protección.

»Él me golpeó en la nuca, como para darme a entender su benevolencia, y preguntó a sus hombres con sarcasmo:

»-¿Qué creen que debo hacer con él?

»-Yo soy tu servidor, señor, pero déjame marchar...

»-¿Te está esperando tu esposa?

»-Sí, señor. Y quiero mi dinero. La galabeya no me preocupa tanto.

»Te agarró de los pelos y te empujó hacia él; luego dijo con un tono nuevo, serio e intimidatorio:

»-¡Sharshara!

»-A sus órdenes, señor.

«-Repúdiala.

«-¿Qué?

»-Te ordeno que la repudies, que repudies a tu esposa ahora...

«-Pero...

»-Es bella, pero la vida aún lo es más.

»-Pero si me he casado con ella esta tarde...

»-Y esta noche te divorciarás. Estas cosas es mejor hacerlas rápido.

«Lanzó lamentos de desesperación y el otro le dio una fuerte patada. En unos momentos le despojaron de su ropa y, de un golpe en la nuca, lo arrojaron al suelo. Luego lo golpearon con una vara hasta que perdió el conocimiento. A continuación, le arrojaron a la cara orina de caballo. El hombre le ordenó:

«-¡Repúdiala!

»Sharshara lloró de dolor y humillación pero no pronunció ni una sola palabra. El otro dijo en un tono irónico:

«-Nadie te reclamará la parte aplazada de la dote.

«Uno de los hombres lo zarandeó con fuerza diciendo:

»-Da gracias a Dios y muestra gratitud a tu señor.

»Dolor, humillación y pérdida de la esposa. Y ahora, el olor de las droguerías de Gawwala me hace retornar al pasado, incluso más que mi presencia física, los antiguos campos de juego y el rostro de Zainab que había amado desde que tenía diez años.

»Durante veinte años, mi corazón solo había sentido rencor, mientras que hasta entonces únicamente sentía amor y diversión. Dentro de poco no lamentaré las cosas que he perdido en la vida. Cuando te tenga bajo mis pies, Lahluba, y te diga: "¡Repúdiala!", recuperaré veinte años de mi vida perdidos en el infierno. También encontraré cierto consuelo por el dinero que he gastado en este empeño, el dinero conseguido con trabajo, robo, pillaje y la exposición a toda clase de peligros.»

Cuando apareció a lo lejos el túnel que conducía a Shardaha, se dirigió a sus hombres diciendo:

-Arremetan contra los hombres de Lahluba y dejen en paz al resto.

No dudó ni un momento de que la noticia de su incursión habría llegado a Shardaha antes que él, y dentro de poco se encontraría cara a cara con Lahluba. Solo lo separaba de su objetivo un pequeño túnel. Condujo a sus hombres con cautela, pero en la entrada del túnel no encontraron a nadie. Entraron todos a la vez empuñando sus bastones y lanzando terribles gritos, mas la calle estaba vacía: la gente se había refugiado en las casas y en las tabernas. La calle de Shardaha se extendía solitaria hasta el espacio abierto que limitaba con el desierto. Uno de sus acompañantes le susurró al oído;

-Es una trampa... una trampa, señor Abu Al Abbás.

-Lahluba no utiliza trampas -dijo Sharshara con extrañeza, y gritó:- ¡Lahluba! ¡Da la cara, cobarde!

Pero nadie respondió ni salió a la calle. Miró al frente, con actitud acechante y desconcertada, recibiendo una asfixiante bocanada de aire caliente. ¿Cómo soltaría el

lastre de veinte años de odio y rencor? Vio la pequeña y arqueada puerta de la fábrica cerrada y se dirigió hacia ella con precaución. Dio un golpe con el bastón y, desde dentro, una voz temblorosa suplicó:

-¡No me hagas daño!

Sharshara respondió en tono triunfal:

-Amm Zahra, sal y no te pasará nada.

La cara del anciano apareció por un ventanuco situado encima de la puerta, mirando alrededor con su vista débil.

-No tengas miedo, nadie quiere hacerte daño. ¿No te acuerdas de mí?

El anciano se le quedó mirando; luego le preguntó desconcertado:

-¿Quién eres? ¡Que Dios te proteja!

-¿Te has olvidado del joven que trabajaba para ti?

El hombre abrió los ojos, sorprendido, y exclamó:

-¡Sharshara! Por el Libro Sagrado, Sharshara en carne y hueso.

El anciano abrió la puerta inmediatamente y corrió hacia él con los brazos abiertos, ocultando el temor que sentía en su interior. Se abrazaron. Sharshara esperó con paciencia hasta que el anciano terminó de darle la bienvenida, y luego le preguntó:

-¿Dónde está Lahluba? ¿Por qué no ha venido a defender su barrio?

-¡Lahluba!

-¿Dónde está ese cobarde camorrista?

El anciano suspiró y levantó la cabeza, mostrando su cuello delgado con prominentes venas, luego dijo:

-¿No lo sabes, hijo? Lahluba murió hace tiempo.

-¡No! -gritó Sharshara desde lo más profundo de su corazón, tambaleándose como si hubiera recibido un golpe.

-Es la verdad, hijo.

-No, no. Tú chocheas -dijo Sharshara con voz terrible.

-De verdad que murió -aseguró el anciano, retrocediendo un paso por el miedo.

Sharshara se vino abajo. Entonces el anciano continuó:

-Hará unos cinco años.

«¡Ah! ¿Por qué todos los seres desaparecen y no queda más que el polvo?»

-Créeme, está muerto. Lo invitaron a un banquete en casa de su hermana y comió cuscús. Él y muchos de sus hombres murieron envenenados.

Respiraba con dificultad, como si el aire estuviera cargado de ladrillos. Se sintió sumergido en lo más profundo de la tierra, sin saber qué quedaba de él en la superficie. Miró a Amm Zahra con impotencia y murmuró:

-Entonces ¿Lahluba ha muerto?

-Sí, y el resto de sus hombres se han dispersado por temor a que los capturaran.

-¿No ha quedado ninguno?

-Ninguno, gracias a Dios.

De pronto, Sharshara exclamó con voz atronadora:

-¡Lahluba, cobarde! ¿Por qué has muerto, cobarde?

El anciano, alarmado por la violencia del tono, intentó calmarlo diciendo:

-Tranquilízate, y da gracias a Dios.

Sharshara hizo un movimiento para dirigirse a sus hombres, pero de pronto se detuvo y preguntó:

-¿Y qué sabes de Zainab?

-¿Zainab? -preguntó a su vez el anciano, desorientado.

-Anciano, ¿te has olvidado de la esposa que me obligaron a repudiar el mismo día de la boda?

-Ah, sí... Ella ahora vende huevos en el barrio de Al Gahsh.

Decepcionado y derrotado, miró a sus hombres, el grupo en el que había gastado la vida, el dinero y la paciencia. Se sentía como si hubiera estado dando palos de ciego.

-Espérenme en la montaña -les ordenó con mal humor.

Los observó con frialdad mientras desaparecían en el túnel uno tras otro. ¿Se reuniría con ellos? ¿Cuándo y por qué? ¿Regresaría por la calle de Gawwala o por el descampado? ¿Y Zainab?...

Sí, Zainab. Por ella había quemado veinte años de su vida. ¿De verdad había sido por ella? «No llegarás a ella pasando sobre el tirano derrotado, como te habías imaginado. Ya está muerto, y no sirve de nada profanar las tumbas. ¡Qué horrible es el vacío! Ahora, ella está en su tienda; ella, y nadie más. ¡Quién se iba a imaginar que nos encontraríamos de una forma tan clandestina y embarazosa!»

Se sentó en un café tan pequeño como una celda y empezó a mirar la tienda, llena de clientes. Allí estaba, una mujer extraña llena de grasa y experiencia de la vida. Los años habían hecho madurar sus inocentes facciones. Iba vestida de negro de la cabeza a los pies, pero su rostro conservaba gran parte de su antigua belleza.

Regateaba y discutía con los clientes, mostrándose unas veces simpática y otras peleona, como una auténtica experta en el comercio. «Ahí está, si la quieres. Puedes tenerla sin peleas, pero también sin honor. Ya no podrás pisarle el pecho a Lahlubá y ordenarle que la repudie. ¡Qué horrible es el vacío!»

No podía apartar los ojos de ella. Los recuerdos se vertieron sobre él, haciéndole sentir extrañeza, melancolía y una indecisión desesperante. No tenía idea de lo que iba a hacer. Había creído que Zainab lo era todo en la vida. Pero ¿dónde estaba ella ahora?

Se produjo el ocaso, como si fuera el fin de la existencia, y los clientes empezaron a marcharse. Por fin, Zainab se sentó en una pequeña silla de paja y comenzó a fumar un cigarrillo. Para huir de la confusión, él decidió acudir a su lado. Se puso delante de ella y le dijo:

-Buenas tardes, señora.

Zainab alzó los ojos, pintados de kohl, y lo miró. Continuó fumando, sin reconocerlo, y le preguntó:

-¿Desea algo?

-No, gracias.

Ella lo volvió a mirar con repentino interés y los ojos de ambos se encontraron. La mujer alzó las cejas y esbozó una sonrisa.

-¡Soy yo! -exclamó él.

-¡Sharshara!

-En persona, pero al cabo de veinte años.

-¡Toda una vida!

-Ha sido como una enfermedad.

-Gracias a Dios estás bien. Pero ¿dónde te habías metido?

-En el territorio de Dios.

-¿Qué tal el trabajo, la familia y los hijos?

No tengo nada de eso.

-¡Al fin has vuelto a Shardaha!

-En vano.

Ella lo miró con curiosidad y duda.

-Me ha precedido la muerte -dijo él lleno de cólera.

-Ya todo ha pasado -susurró ella, inquieta.

-La esperanza está sepultada con él.

-Ya todo ha pasado -repitió.

Se intercambiaron una larga mirada; luego él le preguntó:

-Y tú, ¿cómo estás?

Señalando hacia las cajas de huevos, Zainab respondió:

-Como puedes ver, de maravilla.

Tras un momento de duda, él le preguntó:

-¿Y no... no te has vuelto a casar?

-Mis hijos ya son mayores.

Era una respuesta sin sentido, una excusa similar a una trampa. ¿De qué servía el regreso, si antes no recuperaba el honor perdido? ¡Qué terrible es el vacío!

-Siéntate -le dijo ella, señalando hacia una silla vacía en una esquina de la tienda.

Su voz era dulce, como el pasado, pero ahora no quedaba más que polvo.

-Otro día -respondió Sharshara con amargura.

Luego, tras dudarlo, le estrechó la mano y se marchó. La ocasión no volvería a repetirse. Se sintió igual que veinte años atrás, pero ahora la esperanza no estaba enterrada. Desechó la idea de ir a la montaña pasando por Al Gawwala: no quería ver a nadie ni que lo vieran. Y se dirigió al descampado.